

ESCRIBIÉNDOTE, *me encontré*

ESCRIBIÉNDOTE, *me encontré*

NINA SULÉ

Luzia

Para mi *iaia*, que convirtió una carta en destino.

Prólogo

No sé si esto empezó como escritura o como supervivencia. Durante más de diez años he ido escribiendo cartas. Algunas las envié, muchas otras no. Algunas las redacté en medio del deseo, otras en plena rabia, otras desde el silencio de una ausencia o el vértigo de una despedida. Muchas fueron escritas de un tirón, con el corazón en carne viva. Otras se quedaron a medias, como lo que sentimos y nunca llegamos a decir.

A veces creí que escribía para ellos. Para los que me rompieron, para los que no supieron quedarse, para los que me encendieron y luego desaparecieron. Pero hoy sé que cada carta era una conversación conmigo misma. Con mis versiones más jóvenes, más impulsivas, más vulnerables. Con mi necesidad de amar sin medida y con mi aprendizaje de soltar sin rencor.

Estas cartas no tienen una moraleja ni una conclusión cerrada. No son perfectas, ni lo buscan. Son sinceras. Reflejan lo que sentí en ese momento, sin filtros. Fueron mis brasas y mis cenizas. Y ahora, al leerlas juntas, me doy cuenta de algo: lo que ardía no era el otro. Era yo.

Este libro es un viaje emocional por los vínculos que me moldearon, los espejos en los que me busqué y los incendios que me enseñaron a elegir el calor sin quemarme. No lo escribí para hacer literatura. Pero puede

que, sin quererlo, sea mi forma más honesta de narrar una historia: la mía.

Si alguna de estas cartas te recuerda a algo que viviste, si también te enamoraste de quien no sabía quererte, si también buscaste aprobación en cuerpos equivocados, si también aprendiste a marcharte con el alma rota pero la cabeza alta, entonces bienvenida. Este libro también es tuyo.

Gracias por leerme.

Gracias por encontrarme.

Y sobre todo, gracias por acompañarme en este fuego que ya no quema, solo ilumina.

Nina.

Cartas

I.

Seguro que sabes lo que es alejarte de una persona que no te conviene. Eso de que todo el mundo te diga que huyas, que corras, que lo apartes de tu vida. Y también sabes que por mucho que te insistan, tú no haces ni puto caso.

Porque, como suelen decir, que te prohíban algo es que te den el permiso de hacerlo a escondidas.

Pero todo cambia cuando tú y solo tú abres los ojos y ves todo lo que parecía obvio para los demás. Todo se aclara y llega ese sentimiento de vergüenza mezclado con falta de amor propio que te golpea. Sin piedad.

Querido I:

Esta es seguramente la carta más sincera que voy a escribirte. Me preguntarás que por qué, por qué ahora y por qué así, pero contestarte ya sería regalarte un final precipitado.

De momento solo puedo decirte que el momento no podría ser el más adecuado. Porque esta es una carta de despedida que no te mereces. No te la mereces, pero porque no te mereces nada.

De verdad te digo que no hay rencor. No me arrepiento de lo nuestro. Y digo nuestro aun sabiendo que si tú lo leyeses, fruncirías el ceño y darías un paso

atrás involuntario. Pero para mí sí hay una historia. Nuestra historia.

No soy ingenua. Creerse que hubo amor en cualquier momento es querer creerse un cuento de hadas. Yo hablaría más de atracción. Una atracción irracional que no tenía ningún sentido. Y nos hacía perderlos todos. Porque sí, siempre supe que te importaba más de lo que me decías, incluso de lo que tú mismo pensabas. Te lo demostré todas esas veces que intenté huir, porque a pesar de que sabía que no podría, tú no me dejabas escapar.

Conocimos las dos caras de la moneda. Las veces que me llenabas, que me llenabas hasta el más puro éxtasis. Y las veces que no era suficiente y un enorme bloque no hacía más que dejarnos vacíos a los dos.

Y aunque tenemos experiencia, creo que no mejoramos en la práctica. Y este ha sido nuestro problema. Aquí está el quid de la cuestión. Hemos querido alargar algo que nos ha acabado desgastando.

Yo creo que no hemos sabido pararlo a tiempo. Porque habría quedado precioso. Al menos en mis sueños. Te habría recordado como ese ser frío que me quemaba por dentro. Ahora solo queda mal gusto poco disimulado. Ah, pero por esto no te preocupes. Ya sabes que yo siempre he sido muy imaginativa, puedo añadirle un final trágico y bonito.

No pienso culparnos por este desenlace, creo que ni tú ni yo hemos sabido hacerlo mejor. No era muy difícil por eso. Pero eh, que no se diga que no lo hemos intentado.

Así que el por qué ahora, es porque ya estoy lista para dejarte ir. Y no solo yo, creo que los dos estamos preparados.

El por qué así, es porque necesito cerrarlo. Has ocupado siete páginas, pero no ocho.

Te deseo lo mejor, de verdad. No por lo bien que me has tratado, sino por lo que me has hecho sentir. Porque me has hecho sentir. ¿Sabes lo difícil que es esto?

Espero que encuentres a alguien con quien estés dispuesto a cambiar un poquito, aunque lo veo igual de difícil a que yo pueda enamorarme. Pero oye, ole los que consigan el gran milagro.

También espero que me recuerdes con cariño. Y te quedes con todos los orgasmos que te hice disfrutar. Que, en el fondo, es lo que más me importa.

Te deseo alguien que consiga derretir el hielo de tu corazón.

Deséame alguien que consiga encender el fuego del mío.

D.

Seguro que sabes lo que es que te engañen. Que caigas de ese séptimo cielo prometido rompiéndote las alas. La única posibilidad que te permitiría volar de nuevo. ¿Pero por qué no había que probarlo? ¿No dicen siempre que es mejor arriesgarse? ¿Que no hay que quedarse nunca con las ganas?

Y qué pasa cuando dices «vale, que sí, que carpe diem» y todo sale jodidamente mal. Tan mal que te destrozas hasta el último pedazo de querer probarlo de nuevo. Pues que te entran unas ganas inmensas de escupirles a todos aquellos que creen en el *Y si…*

Querido D:

Esta es seguramente una carta que no esperas. Porque sinceramente, creo que me ves lo suficientemente ingenua como para no tener necesidad de escribirla. Porque esto es seguramente lo que piensas. Ah no, espera, que no me piensas.

Lo que me molestó no fue la indiferencia, la ignorancia o el incluso el desprecio. Lo que me molestó fue la mentira.

No había necesidad de vestirse de príncipe azul. Conmigo no. A mí el pirata canalla ya me gusta, me

atrae, me excita. Pero si jugamos a los cuentos, juguemos de verdad.

¿A quién no le gusta una buena historia antes de ir a dormir? Para poder soñar bonito. Una niña se cree que el beso no mata, resucita. Una niña se cree que la bestia no es bestia. Una niña se cree el final feliz.

Y la niña se creyó todas tus mentiras. Te idealicé, mucho. No sabes cuánto. Creía que eras tú el que me salvaría de mi retiro, de mi naufragio, de mi desastre.

Incluso llegué a creer que tú serías la gasolina que haría explotar el fuego. El gran Big Bang. La implosión. Eso de lo que todos hablan. Sí, eso a lo que llaman amor.

Pero no. Solo fuiste otro más que jugó con ilusiones. Lo que no sabías es que las mías van cargadas. Y que, desde ahora, de mis sonrisas saldrán balas.

Y, por cierto, devuélveme lo que me debes. Esta vez quiero mi pago. Quiero cada segundo que he malgastado esperando un mensaje. Quiero cada suspiro que se escapaba imperceptiblemente. Quiero cada canción que destrocé pensando en ti. Quiero todos los orgasmos que me debes.

Hay odio, rabia e impotencia. Quiero arañarte, chillarte, morderte.

Quiero que nos arañemos, que nos chillemos, que nos mordamos.

Porque la impotencia es caprichosa, y siempre busca su desahogo.

Porque la rabia esconde pasión enfurecida.

Porque del odio al amor hay un salto.

Y yo he saltado desde un séptimo.